

CANTO MILAGROSO

Lorenzo, al que la gente de Villa Cañadón apodaba “el santito” vivía con el padre Gabriel en la parroquia Inmaculada Concepción y los domingos oficiaba de monaguillo. En el pueblo se comentaba que desde el altar, a la izquierda del párroco, habría producido uno que otro milagro, no muy claros ni comprobables. Lo que sí era seguro era que el milagro que la gente esperaba desesperadamente no se producía.

La Villa padecía la mayor sequía de la que los pobladores tuvieran memoria, los ríos se estaban secando, los pastos se endurecían y el ganado moría a mansalva ocasionando grandes pérdidas para los campesinos. El sol rajaba la tierra y los vientos arrastraban cuanto encontraban por el camino. La gente preocupada y desolada desde hacía mucho tiempo pedía por un milagro a Lorenzo, pero por más que rezaba la lluvia no llegaba, la población se impacientaba, y hasta no faltaba quien empezara a desparramar chismes poniendo en duda la santidad de Lorenzo.

Los domingos de misa ya casi no quería ni acompañar al padre Gabriel porque le decía: “siento que me miran feo”; el cura lo alentaba a que enfrentara la situación y que siguiera sin bajar los brazos:

- Todo es cuestión de fe

-Es que fe me sobra padre, pero por más que la use toda, el agua no baja del cielo y nos estamos muriendo de sed, y pronto nos moriremos de hambre si seguimos perdiendo el ganado.

El padre Gabriel en la misa de las siete de la mañana aprovechó la ocasión para hablarle desde el púlpito a su feligresía, los presentes sintiendo que el sacerdote los estaba retando comenzaron a mirarse unos a otros y hasta hubo quienes se sintieron molestos y se retiraron. Lorenzo, que siempre tenía su vista clavada en el suelo, levantó poco a poco la cabeza para mirar a su párroco extrañado, pues nunca lo había visto enojado.

El sermón de esa mañana versaba sobre un pueblo sin fe, cómodo, que esperaba todo de una sola persona y presto al chismorreó si esa pobre alma no podía cumplir con las exigencias. Lo que el sacerdote quería que su gente entendiera era que su monaguillo no era diferente a ellos, era un hombre común, y que si lo habían apodado “el santito” no era porque lo fuera sino por su bondad, sus ganas de ayudar y de calmar el dolor de la gente, que era mucho más de lo que ninguno del pueblo solía hacer.

Esa mañana, el ánimo en la Villa quedó enrarecido después de la homilía. Lorenzo no se animó a salir de la parroquia por miedo a cruzar miradas de enojo, así que se quedó sacudiendo el polvo en la sacristía, lustrando copones y arreglando las flores de los jarrones en el altar; mientras estaba realizando estas tareas, distendido y con el corazón entregado a los salmos, entonó bellas canciones. Al principio susurradas solo para él, pero de pronto como si estuviera

poseído elevó cada vez más la voz hasta llenar la iglesia de melodía, cantó hasta agotar su garganta, luego cómo si hubiera concluido esa posesión, cayó exhausto en uno de los bancos y así quedó, ocupado nuevamente en sus pensamientos, en silencio total, él y su Señor.

De repente las puertas del templo se abrieron estrepitosamente, hombres y mujeres entraron entremezclando risas y llantos, gritando: “El santito lo hizo, el santito lo logró”. Lorenzo salió de su ensimismamiento y festejó con alegría aunque no sabía qué, por eso en un momento les preguntó:

-¿Qué celebramos?

-¡Cómo qué celebramos! -le respondieron al unísono- ¡lo lograste, hiciste que lloviera!

Lorenzo no daba crédito a lo que escuchaba y corrió al atrio para ver con sus propios ojos lo que la gente le había comunicado. Efectivamente el cielo se había abierto para bañar a Villa Cañadón con su agua bendita, bautizando la tierra y dando vida a lo que hasta hace no tanto estaba muerto...

Es que cuando de verdad nos abandonamos a la fe y nos dejamos guiar por el que más sabe, sin creernos que todo lo podemos solos, las cosas suceden, la gracia se vuelca en los corazones y todo se puede lograr, aun siendo un hombre simple como Lorenzo el monaguillo de la parroquia La Inmaculada Concepción.